

Naufragios en la red

Javier González

Quizá se podría pensar que si uno bucea por Internet en busca de relatos o cuentos sobre el suicidio se encontraría con una avalancha de textos que giraran alrededor del tema. Sin embargo no es así, apenas unos pocos textos completos aparecen después de una búsqueda directa que, si bien no ha sido completamente exhaustiva, sí ha intentado descubrir el mayor número posible de ellos

Entre los escritores conocidos se muestran algunos fragmentos de cuentos o de relatos pero los textos íntegros parecen reservados para las antologías. De esta manera solo he encontrado dos cuentos: "La redención del suicidio" de Miguel de Unamuno en la página relatocorto.com y "Suicidas" de Guy de Maupassant en ciudadseva.com. El de Unamuno trata de un hombre de carácter que después de decidir que se va a suicidar y salir a la calle con un revólver guardado en la chaqueta, sufre un intento de robo y termina matando a sus asaltantes. Un hombre que no puede consentir que "le suiciden" y que, desde ese momento vuelve a tomar aprecio a la vida. El de Maupassant, por otro lado, tiene como protagonista a un hombre melancólico que, después de una pesada digestión tras una cena, sufre un arrebato nostálgico hacia su pasado y eso le acarrea una proyección triste y trágica sobre su futuro. Así es como comprende las razones de muchos suicidas y comienza a tentarle el revólver que mantiene sobre la mesa. Un par de cuentos sin mucho interés tan rápidamente leídos como olvidados.

Más interés, por lo poco frecuentado, pueden tener otros textos, algunos anónimos, que aparecen en distintas páginas de Internet. Allí podemos encontrar, por ejemplo, un microrelato que juega con la paradoja:

"Sus tres intentos frustrados de suicidio le provocaron una seria paranoia. La vida lo perseguía implacablemente."

(Página [listas-rcp](#))

O este otro teñido por un toque de ironía:

"El joven Ernesto, empuñando una pistola, se presentó en casa del hombre que le había arruinado: "No voy a matarle, don Braulio", dijo, "sino a suicidarme ante usted. Caiga mi

sangre sobre su conciencia y, lo que es peor, sobre su magnífica alfombra persa". Don Braulio le disuadió con buenos consejos y una sugerencia: "Si desea quitarse la vida, ¿por qué no lo hace en casa del odioso Cortés?". Y le convenció con un cheque generoso. "Aunque no le conozca, la prensa buscará razones y arruinaremos su carrera". Pero el odioso Cortés le contrató para suicidarse en casa del pérfido Suárez, este le pagó para hacerlo en la de su enemigo Ramírez, y así sucesivamente. Ernesto se retiró veinte suicidios después. "La bondad de los hombres me ha salvado", solía decir.

("El profesional del suicidio" de Miguel Garrido Pérez en literaturas.com)

También aparecen textos que, moviéndose por un camino, bastante transitado por la literatura: el suicidio como pesadilla, mantienen una cierta ingenuidad que dibuja la sonrisa reservada para las buenas intenciones:

"Daniel se incorporó y se acercó a la ventana. Su mirada era vacía y su mente estaba bloqueada, era incapaz de razonar. Ya no veía horizonte; ya no tenía objetivos que cumplir; no había nada por lo que luchar.

Daniel apretó los dientes y quiso volar a otro mundo, otro mundo que le diera otra oportunidad y se lanzó al vacío. Cuando comenzó a sentir la fuerza de la gravedad sobre su cuerpo, su mente pareció querer huir de aquel desenlace fatal que pocos segundos después habría de producirse.

Los milisegundos que separaban la vida de la muerte cobraron vida y un bombardeo de imágenes se producía en el interior de la mente de Daniel. Comenzaron a desfilar acontecimientos felices de la vida de Daniel, algunos de ellos ni siquiera los recordaba pues permanecían ocultos en su subconsciente. Estos recuerdos felices pasaban a gran velocidad y Daniel intentaba sujetarse a ellos inútilmente en un intento desesperado de paralizar aquello que él había comenzado. Su mente no dejaba de expandirse como si de una reacción nuclear incontrolada se tratase, y las imágenes ya no eran del pasado sino del futuro. Su hijo le besaba en las mejillas al despedirse para ingresar en la Universidad, mientras su mujer le

apretaba las manos radiante de tristeza por la marcha y de felicidad por ver a su hijo hecho todo un hombre. Pudo ver y sentir más de mil abrazos y besos de su mujer por una reconciliación merecida.

Daniel abrió los ojos humedecidos por lágrimas de felicidad y rompió a gritar mientras el asfalto se acercaba a gran velocidad y sólo pudo gritar un ¡NO! seco y desgarrador....

El impacto era inminente. Daniel dio un gran sobresalto y pudo comprobar que el duro asfalto se transformaba en cómoda piel, piel de su añorado sofá. Una gran sonrisa cruzó su cara. Se había quedado dormido y todo había sido una pesadilla. Daniel miró hacia el teléfono. Al otro lado del hilo le esperaba una persona muy importante, una persona que deseaba igual que él la reconciliación”.

(Página Deusto.com)

Otros, sin embargo, remiten al significado posiblemente más recurrido en literatura: el del suicidio como salida, como escapada del sufrimiento, acompañado, la mayor parte de las veces, por esa imaginaria romántica que endulza algunas existencias grises y dolidas.

“Ella despertaba por la mañana y no se movía, quería estar muerta. Sentía el sol acariciarla y lo odiaba por ello, sentía las sábanas enredarla y no soportaba el contacto. No quería abrir los ojos, no fuera que la realidad de un nuevo día, volviese a asaltar sus retinas, recordándole

que seguía ahí todavía, un día más...viva...en la misma habitación donde tanto vivió, amó, rió, pero donde ya solo lloraba. Ver los cuadros de su padre que le recordaban tiempos mejores que ya pasaron y también lo lejos que estaba él, al otro lado de la frontera. Ver las fotos de sus hijos que ya volaron, desplegando sus alas para conocer parajes menos hostiles. Y a su lado ver fotos y al mirarlas se preguntaba “¿quién es ella?”. Ver la ropa de su marido, que ya no amaba, y marearse...queriendo descubrir algo que le dijera....“vive por mí”, “estoy aquí”.

(.../...) Así estuvo días, semanas, meses, y hasta años, a un paso de la muerte pero nunca saltaba la barrera que la separaba de aquella dama que la llamaba.

(.../...) Una tarde salió hiriéndole la luz, el sol, el ruido...en fin de cuentas la vida. No lo pensó sus pies iban solos., llegó a la estación y miró los destinos. Un sitio con costa, un sitio con mar. No supo como llegó pero andaba de pronto, descalza en la arena, playa desierta en una noche con luna. La dama del agua mirándola, tendiéndole los brazos...

(.../...) La luna se retiró, no quiso ser testigo. Y ella siguió

hacia delante haciendo camino.

Estiró los brazos y con sus manos, rozó las yemas extendidas de su dama. Fue posando su mano en esas palmas frías, el agua le llegaba a la altura de la boca y antes de ser absorbida dijo “soy toda tuya”, iluminándosele la cara, brillando la mirada ... insultante sonrisa en los labios, volviendo a ser bella ... deseada, agradecida de haber encontrado la salida.

Unos círculos se formaron en la mar que no se movía, la luna salió de nuevo, tímida, acongojada. Y del agua emergió un ave blanca, radiante, iluminando con su halo hasta la luna...volando sobre la mar con las alas rotas.....”

(“Suicidio” por Sophie Arnulf de la página Cuentosvisitantes)

Por último, quizá valga la pena detenerse en otro texto para acreditar que los tiempos cambian en

todo y que, si durante siglos hemos leído muchas y variadas formas de realizar un suicidio, todavía la literatura nos puede seguir deparando algunas sorpresas inesperadas:

“Miró el cuchillo, pero el cuchillo no era su cómplice, la soga en cambio se movía inquieta; pero era vulgar maltratar un cuello tan fino con una miserable cuerda. Por último miró un tenedor de snacks, lo paladeó con la vista, miró hacia otro lugar con ganas de olvidarse de su absurda idea concebida en momentos de lujuria. No pudo evitar mirarlo de nuevo. Posó sus ojos sobre



él y lo admiró por más de un minuto. Parecía tan indefenso el inmundoso tenedor, no se podría matar ni una mosca con él, sin sentir remordimientos más tarde, ¿o tal vez sí?, ¿para qué existía entonces la salsa tártara?. Someterlo a nadar. Dejar que le diera un espasmo. Metérselo con furia a la boca...

Y de ahí...tragárselo magistralmente.

Se decidió de una vez por todas, enterró el tenedor de snacks en un aguacate desnudo, extirpándole la vida, lo remojó en salsa tártara y todos rodaron en busca del exilio planetario. Después de un rato su esófago estaba convertido en un mar blanco con cilantros que le rasgaban el alma a medida que se deslizaban sin piedad por su sistema digestivo hasta llegar al estómago. Se sentía débil y empezaba a agonizar, sus ojos no paraban de llorar lágrimas con olor y sabor a café. Pero no se moría, le faltaba la respiración, se arrastró hasta el inodoro para vomitar el tenedor que finalmente salió enredado entre escupitajos." (De la página Ciberjob)

Por supuesto que todos estos textos, y también algunos otros, permiten ser leídos con la satisfacción condescendiente

de quien asiste al naufragio ajeno. Sin embargo, a veces, uno se encuentra con algo como esto, las palabras que dirige Charley a su amigo Willie Loman tras su suicidio en la obra "La muerte de un viajante" de Arthur Miller:

"Que nadie culpe a este hombre. No lo entendéis: Willy era viajante. Y para la vida de un viajante, no existe un fondo sólido de roca. Un viajante no sabe apretar una tuerca, no habla de leyes ni prescribe una medicina. Es un hombre que sale ahí, al azul, con una sonrisa y unos zapatos brillantes. Y cuando empiezan a no devolverle las sonrisas...hay un terremoto. Y entonces tienes un par de manchas en el sombrero, y estás acabado. Que nadie culpe a este hombre. Un viajante está hecho para soñar, muchacho. Viene con el territorio".

Y entonces ya no importan las paradojas, ni las pesadillas, ni el color que define tu existencia, ni tan siquiera si todavía hay algún despistado que coloca el adjetivo romántico a la palabra sufrimiento. A partir de ese momento lo único importante es abrazarse a algo sólido, sonreír sin detenerse a esperar respuesta y, por supuesto, no permitirse soñar.



Pieter Bruegel, El suicidio de Saul, 1562.